

EL SIGLO ILUSTRADO



VAUCLUSE.

MADRID.—Un mes, 2 rs.—Tres meses, 6.—Seis meses, 12.—Un año, 24.
PROVINCIAS.—Un mes, 2 1/2 rs.—Tres, 7.—Seis, 14.—Un año, 28.
ULTRAMAR.—Tres meses, 24 rs.—Seis, 44.—Un año, 80.
Número suelto, CUATRO CUARTOS.—EN PROVINCIAS, CINCO.

Núm. 8.º—Madrid 7 Julio 1867.

Se suscribe en la Administración, calle de San Pedro, núm. 16, y en las principales librerías.
Los originales que no se inserten serán inutilizados.
Director propietario, D. ALEJANDRO MONTAUD.

ADVERTENCIA A LOS CORRESPONSALES.

Precios en la Administración.

Madrid: Un mes, 2 rs.—Tres meses, 6.—Seis meses, 12.—Un año, 24.
Provincias: Un mes, 2 1/2 rs.—Tres meses, 7.—Seis meses, 14.—Un año, 28.

Precios en las librerías.

Madrid: Un mes, 2 1/2 rs.—Tres meses, 7.—Seis meses, 14.—Un año, 28.
Provincias: Un mes, 3 rs.—Tres meses, 9.—Seis meses, 18.—Un año, 30.

Vaucluse.

A pesar de su antigua celebridad, no es más que una pequeña aldea, con ayuntamiento, sujeta al juzgado de Aviñón.

Viven en Vaucluse unas seiscientas almas, dedicadas la mayor parte al cultivo de la seda y a la fabricación de papel y aceite de superior calidad.

El nombre de este pueblo no tendría importancia alguna, estaría olvidado, á no recordar la historia de Laura y de Petrarca.

Este famoso poeta, nacido en 1304 en Arezzo, donde estaba su padre desterrado, á la edad de diez años llegó á Francia, y en las aulas de Montpellier y Boulogne recibió su educación. Al fijar su residencia en Avignon, Petrarca escribió sus primeros versos, y apenas había cumplido veintitres años, cuando se

enamoró perdidamente de Laura de Noves, esposa de Hugo de Sade. La ardiente pasión que esta mujer despertó en su alma, le inspiró trescientos diez y ocho sonetos y ochenta y ocho canciones, lo cual no es nada extraño, si convenimos con el abate Arnavon, que nos dice que Laura fué el único amor del inspirado poeta. Mucho sobre este particular se ha escrito, y según parece, Petrarca, aun loco de amor por la mujer que nunca podría pertenecerle, tuvo algunas distracciones.

El medallón que está á la derecha del grabado representa la casa del poeta, que no ofrece, bajo el punto de vista arquitectónico, nada de notable.

Lo único que llama la atención en esta comarca, es una fuente subterránea (véase el medallón de la izquierda), situada en una lóbrega y profunda caverna que ofrece un aspecto imponente. Brota por varios surtidores y da nacimiento al río Sorgue, cuya rápida corriente aprovechan algunas fábricas.



EXPOSICION UNIVERSAL.—PABELLON DE ESPAÑA.

LA EXPOSICION UNIVERSAL

DE 1867,

BAJO TODOS SUS PUNTOS DE VISTA.

VIII.

(Continuacion.)

Esto se lee palpablemente en el cuadro de que he hablado, esto se ve escrito sin borrones en el de Lasch, que se titula: *Los días del anciano maestro de escuela*, en el que se contempla al pobre viejo riendo de gozo al ver á sus pequeños discípulos trayéndole flores, frutas y regalos de todas clases; se siente con atractiva intensidad en la *Mujer del zapatero con su hijo y un aprendiz contemplando juntos á un raton cogido en la ratonera*, porque se ven las alegrías sencillas de la casa del menestral compartidas entre la dueña, el hijo y el pobre muchacho que está aprendiendo el oficio; y por fin toma ya un carácter elevado en otro cuadro del mismo Knaus que representa á unos *Aldeanos del valle del Passever recibiendo una reprensión del cura por haber tenido un desafío*. Hé aquí como en la pintura de género pueden hacerse vibrar las cuerdas mas delicadas del corazon humano y entonar verdaderos cantos en loor de la familia y de las buenas costumbres. Cuando con estas bases, hijas de nobles sentimientos, se funda una escuela, cuando á las prendas del corazon reunen sus autores el talento de artistas, es de esperar ópimos frutos en lo venidero, y tal vez entre sus filas, la aparición de pintores que se remontan hasta las más grandes concepciones.

Estoy completamente de acuerdo con el Sr. Miquel y Badia y lo estarán seguramente todos los que aun conservan fé y esperanza y en su corazon.

Al lado de los artistas indicados figuran algunos otros que tratan diversos asuntos con ingenio, y entre ellos quizás el primero Sclesinger, autor de dos cuadros, uno de ellos representando á una horda de gitanos que ha robado un niño, pintado con una riqueza de colorido meridional y que trae involuntariamente á la memoria las donosas páginas del autor de *La gitana*.

Tienen tambien los prusianos algunas batallas muy minuciosas y bien inventariadas, lo cual prueba que saben dirigirlas y hacerlas mejor en el campo y con el fusil de aguja que en tablas y lienzos con los por demás pacíficos instrumentos de la pintura.

Pocos é insignificantes, con ligeras escepciones, son los cuadros expuestos por las pequeños Estados de la Alemania del Norte, razon por la cual pasaré á ocuparme de la

BAVIERA.—Esta nacion ha expuesto sus cuadros en un palacio que ha construido en la parte central del eje superior, á mano derecha, yendo desde el gran palacio á la escuela militar.

Es sin disputa una de las naciones europeas en las que la pintura se halla dignamente representada, y no puedo menos de aceptar la opinion que acerca de su exposicion ha escrito el Sr. Miquel y Badia, que es sin disputa el crítico español que más atencion ha consagrado á las bellas artes.

«Al penetrar el viajero, dice, en el palacio que Baviera ha erigido á las artes, se apodera de él la más profunda admiracion al ver las grandes composiciones presentadas por los artistas de aquel reino, y tiene que descubrirse la cabeza y confesar que bajo aquel techo ha ido á parar la seccion más seria del grupo primero. Porque por bien pintados que estén la mayoría de los cuadros que pueblan todas las salas, por galanura que se observe en el dibujo y delicadeza en el sentimiento, no se satisface el espíritu por completo, y busca ansioso algo grande, algo en que la vida de la humanidad tenga su representacion en escenas importantes, todo ello sostenido por un pincel vigoroso y por el sano criterio de un maestro instruido sólidamente en las letras y en las ciencias.

Y esto se observa en Baviera al recorrer, siquiera rápidamente, las composiciones presentadas por Foltz, Piloty, Ramberg, Mueller, y sobre todo, al examinar el grandioso cartón de Kaulbach de *La época de la reforma*, uno de los varios que ha de componer el cielo digno de la musa épica, destinado al real Museo de Berlin.

Si la sola vista en el grabado de las composiciones de Kaulbach causa un efecto poderosísimo en el ánimo y hace sentir con viveza la época histórica cuya

representacion tiene por objeto, imagínese el lector la impresion que ha de causar aquel gran cartón, dibujado por la misma mano del artista con detenido estudio, y en el cual las figuras que lo componen esceden del natural por sus dimensiones.

El cuadro representa un vasto edificio gótico de tres naves, terminadas por unos como absides, y en el cual se hallan reunidos todos los personajes históricos que, al parecer del pintor, contribuyeron con sus escritos, accion ó palabras á que se arraigara en el mundo la reforma protestante de Lutero.

En el centro del cuadro y debajo de una galeria poblada de gentes que buscan la nueva doctrina, está el reformador con la Biblia en las manos, levantada en alto y abierta; cércanle, más ó ménos próximos, Calvino, Zuinglio, Isabel de Inglaterra y varios otros magnates que apoyaron el movimiento, formando el grupo central, reforzado por los lados, á derecha por Alberto Durero y los artistas del Renacimiento, entre los cuales se ve á Leonardo de Vinci y Rafael, y á la izquierda por los astrónomos y profesores de ciencias físicas, con Galileo á su cabeza.

Figuran en primer término Cristóbal Colon explicando su sistema á varios sabios de aquellos tiempos, Hans Sachs, el célebre zapatero alemán, en el centro sentado en el suelo y escribiendo sus farsas ó sus canciones, y á la derecha el Petrarca con un libro abierto, en el que leen sentados en círculo Shakespeare, Cervantes y otros literatos y filósofos. Como para mí es muy diferente la cuestion de reforma literaria y la de reforma religiosa, no estrañará el lector que ponga algunos fuertes reparos á que figuren como precursores ó continuadores del movimiento de Martin Lutero algunos católicos tan de buena fé y rancios como Leonardo de Vinci, Rafael y nuestro buen Miguel de Cervantes. Pero ni aun en el terreno literario y artístico cabe poner á estos grandes hombres como reformadores en el sentido de variar lo existente é introducir en ello elementos completamente nuevos por un acto de insubordinacion del espíritu.

Mas admitido por completo el pensamiento del artista y suponiendo como él que todos aquellos hombres allí reunidos prepararon y realizaron la reforma protestante, al entrar en el estudio de aquella soberbia composicion no quedan á los lábios más que palabras de entusiasmo. Y este aplauso crece cuanto más se examina el cartón, porque cada vez se descubren nuevas bellezas y se observa más patente el talento que Kaulbach ha desplegado en la agrupacion y en el dibujo. Abárquese en conjunto el cuadro y se descubrirá en el punto más importante á Martin Lutero y sin distraer la atencion de este punto irán viéndose y celebrándose todos los grupos que le rodean. Porque en aquella composicion no hay vacíos, ni para reunir grupos separados ha debido el pintor violentar actitudes y posiciones; hijo todo de un talento maduro y del arte más esquisito, tiene el sello de la espontaneidad con el barniz del pulimento.

Y cuando despues de visto el conjunto se detiene la mirada complaciente ante el grupo que forman el Petrarca y los literatos y filósofos, y ve las espresivas cabezas del poeta italiano y de algunos que le rodean, y las altaneras y nobles del dramaturgo inglés y de nuestro ingenio de los ingenios; cuando se han celebrado las figuras atentas y reflexivas de los sabios que escuchan al descubridor del Nuevo-Mundo; cuando despues de haber recorrido de grado en grado todas las personas agrupadas en segundo término se ha ensalzado las espresiones variadas de sus rostros y que les caracterizan perfectamente; cuando, en fin, se llega al personaje principal y aun sobre su cabeza se descubre abierto un libro con esta inscripcion: «Biblia sacra,» resumen de la idea dominante en el cuadro, entonces cabe decir á los jóvenes pintores: Aquí teneis la obra que debeis estudiar con empeño, porque en el conjunto aprendereis á levantar el ánimo en busca de asuntos grandiosos, y de los detalles sacareis lecciones á cada momento; y tened entendido que su autor no solo ha dibujado esta obra, verdadera gramática de la composicion pictórica, sino que con elevacion bíblica ha descrito la dispersion de los hombres; el tiempo de Homero en Grecia, con el más delicado clasicismo; la lucha de los romanos y de los hunos, con la ruda y enérgica poesia de una tradicion alemana; y por fin, lleno de espíritu cristiano y fijos los ojos en la Jerusalem celeste, ha cantado con sus pinceles un himno entusiasta á la gloriosa epopeya de las Cruzadas.

Están destinados al Maximilianeum de Munich los

grandes cuadros de asunto histórico que han exhibido los pintores citados al principio. En el pabellon de Baviera puede verse el tranquilamente compuesto y algo frio de color, que representa *La época de Pericles*, original de Felipe Foltz, director de las galerías reales de Munich; el de Andrés Mueller, que se titula y tiene por asunto *Las bodas de Alejandro el Grande*, de entonacion más caliente y con figuras y grupos en primer término bellísimos por todo extremo; el que muestra *El elector Maximiliano, jefe de la liga, bendiciendo las banderas*, obra de Carlos Piloty, pintado con la soltura y energía que ostenta este artista en todos sus cuadros, armonioso en conjunto y en detalle y con ropajes de una verdad y elegancia encantadoras, y por fin *La corte del emperador Federico II en Palermo*, de Arturo Ramberg, que parece hijo de la imaginacion noble y ardorosa con sus ribetes de sensual de un cuentista italiano.

Al lado de las obras citadas se encuentran hermosos cuadros de género pintados con frescura, algunos paisajes sencillos y llenos de aire y varios retratos originales de Francisco Lembach, que recuerdan por el modo de tratar las carnes los de Rembrandt, y por la naturalidad en los rostros y actitudes algunos de las escuelas italiana y española.

Sleich es el que más brilla en el paisaje, y entre sus cuadros tiene expuesto una caída de tarde de una simplicidad y poesia encantadoras; el mismo, en union con Federico Voltz, ha pintado otro lienzo que se titula *El regreso de la manada*, que en el paisaje tiene igual embeleso, y además muestra varios bueyes y vacas trazados con mano segura y verdad extraordinaria por el segundo de dichos pintores. Entre los cuadros de género, el de Jaime Grunewald, que tiene por título *Despues del granizo*, y representa á varios labradores agrupados al pié de un Santo Cristo de piedra, orando unos, y otros curando á un pobre niño herido en la cabeza por el pedrisco, mientras en los últimos términos se ve aun el cielo ennegrecido y la tempestad alejándose, es una obra preciosísima. Hay en este lienzo una criaturita levantada en alto por su madre, y besando los piés del Cristo, dibujada con extremada donosura, estendidos los bracitos y cerrando los ojos en el acto de ir á poner los lábios sobre la santa imagen.

Esto es pintar, sentir, y hacer sentir.

LEON LAMARCA.

Palacio de España en la Exposicion universal de Paris.

Reproducido en preciosos grabados por todas las publicaciones ilustradas de Europa, el palacio que España ha construido en el parque que rodea el grandioso edificio destinado á la Exposicion universal, es objeto de general admiracion.

El ilustrado arquitecto que ha dirigido esta obra ha copiado con ligeras variantes un edificio que existe en Salamanca, y que es, como ven nuestros lectores, una de las más inspiradas obras de nuestra arquitectura en la gloriosa época del Renacimiento.

Es lo más característico y lo más bello que ha podido elegir el Sr. Gándara.

En el interior hay un magnífico salon de recibo, algunas otras habitaciones espléndidas, y en las demás perfectamente distribuidos los productos de nuestras colonias y algunos otros de nuestras posesiones en Africa.

DE PAVIA Á MONZA Y NELLA BRIANZA.

Ese ruiseñor que gorgoea oculto en los cipreses que se alzan á los piés de nuestros balcones... viene de Verona... ¡hace un instante resonaba su canto en el sepulcro de Romeo y Julieta!

Salgamos de Pavia, porque esta ciudad lo único que encierra de notable es la torre donde estuvo preso Francisco I, de Francia, despues de la batalla en que todo se perdió menos el honor y la vida del galante y soberbio monarca. Saludemos las fértiles llanuras, las frondosas colinas, los verdes viñedos que, enajados de blancos y empolvados racimos, sirven de guirnaldas á los corpulentos álamos y á los sombríos nogales; las rubias espigas que, azotadas por el viento, remedan lentamente el oleaje continuo de las aguas de la mar.

Demos un adiós al ruiseñor, y atravesando en rápida silla de posta el puente que con sus viejos y pesados arcos oprime la tranquila corriente del Tesino, marchamos á Milan.

La luna riela sobre la gigante mole de la catedral (*¡Il Duomo!*); En medio de las profundas sombras de noche... parece el templo que describe el Ariosto fundado por los diablos en los picos de una inmensa y accidentada montaña!

A los claros reflejos de la luna cruzamos las fértiles llanuras que un tiempo, dice picarescamente Manzoni, tenían *il vantagio di possedere una stabile guarnigione di soldati spagnoli, che insegnavano la modestia alle fanciulle e alle donne del paese, acarezzavano di tempo in tempo le spalle a qualche marito, a qualche padre, e sul finiri della state non manca vano mai di spandersi nelle vigne, per diradare le uve, alleggerire ai contadini le fatiche della vendemmia...*

Abstraídos con la grata lectura de *I promesi sposi*, insensiblemente hemos llegado á Monza, ciudad que guarda en su catedral, la célebre corona de hierro, un peine, dos zapatos, una copa y otras alhajas de la reina Teodolinda, y bajo un pórtico antiguo del templo se ve en una urna la momia de Hector Visconti, del cual refiere la tradicion que atacando por sorpresa la ciudad y viniendo á batalla con los soldados de Felipe Maria, recibió tan profunda y mortal herida de espina, en una pierna, que perdió toda la sangre en breve espacio, pasando con el tiempo al estado de momia.

La corona de hierro que ha servido para coronar los reyes de Italia, cuenta la tradicion que está formada con un clavo de la cruz de Jesucristo, que ocupa el centro de la corona de oro incrustada con riquísimas piedras. Carlos V, Napoleon y Fernando I, han sido coronados con la corona de hierro, de la que los austriacos se apoderaron al apoderarse de la Lombardia.

Monza eleva su origen á la más remota antigüedad; de los primeros conquistadores que hay memoria es de los longobardos; fué residencia de la reina Teodolinda, pasó despues á poder de Visconti y más tarde se apoderó de ellas y de toda la Lombardia Antonio de Leiva con sus valientes tercios españoles, que cedió á su sobrina Virginia de Leiva, con el título de señora de Monza. Un banquero nombrado Durini la convirtió despues en Señorio y sus descendientes la poseían á fines del año de 1796, hasta que cayó en poder de los austriacos. Monza está dividida por el rio Lambro, que cruza sonoro fructificando sus frondosas y ricas llanuras. No hay viajero que abandone á Monza sin ver el magnífico palacio construido por el archiduque Fernando en el 1779 con diseño del célebre arquitecto veneciano Piermani. Al palacio está anexo un hermoso jardin que ostenta las plantas y los arbustos más raros de todos los paises. Al jardin rodea un vasto parque, que fué comenzado en 1800, que ocupa una inmensa parte de terreno, formando una interminable circunferencia que se pierde á la vista.

Saliendo de Monza atravesamos los frondosos campos que rodean á la ciudad en largas leguas de bosques y tierras de labor y entramos en *Nella bella Brianza*, que está en pintoresca planicie al pié de los montes cuyas escarpadas cordilleras envolvian blancas y flotantes nubes que purpureaban los rayos ponientes del sol inundando con raros cambiantes los magníficos y variados accidentes del terreno, y allá en lontananza y sobre la frondosa planicie de la Brianza, se alza todavía la torre de la campana, que con su sonoro tañido convocaba á toda la vasta poblacion de los contornos circunvecinos. La Brianza se estiende en una inmensa agrupacion de valles y colinas que se descubren en varios accidentes de Levante á Poniente y de Norte á Mediodia, cruzados por las corrientes del Seveso y el Adda, serpeando claras y fecundantes por el feraz y frondoso valle de Assina y los rios y fértiles campos de Monza. La inmensa estension que ocupa la Brianza es de una fertilidad que asombra; la poblacion numerosa, alegre y trabajadora. Magníficas perspectivas, soberbios accidentes de terrenos, cielo azul esplendente, frondosos y profundos bosques ensanchan de momento en momento el alma y alegran la vista. No hay remanso, colina ni altura, por poco elevada que sea, que no aparezca en bello paisaje y en diferente perspectiva; ¡qué pródiga, qué espontánea, qué florida, qué naturaleza tan variada y tan opulenta! Y en esas vastas llanuras, en esos profundos valles, en esas colinas, en esos remansos, en esas montañas, tiende y derrama y arroja, en estos solemnes momentos

en que la noche avanza y cierra, sus claros reflejos la luna blanca sobre las cristalinas y celestes aguas de los lagos de Pusiano, de Alserio y de Annone; y en las orillas y en las alturas y en las cañadas se dibujan en lontananza entre la bruma de los lagos y la clara luz de la luna que inunda las tendidas y chispeantes ondas, la torre de una iglesia, los muros de un castillo, una ermita solitaria y un mar de luz pálida y melancólica que cubre é inunda las cumbres de los montes y las transparentes y serenas aguas de los lagos.

¡BELLA BRIANZA!

Corría el mes de Mayo de 1858, rayaba el dia; la luna desapareció tras de los picos de una sierra; caminábamos por los pintorescos y accidentados alrededores de Lecco, el sol se alzó radiante arrojando un mar de luz roja sobre la montaña *Corni di Canzo*.

Ese mismo sol y esa misma luna, al otro dia los vimos amanecer y ocultarse en las encadenadas montañas y en las azules y transparentes aguas del Lago de Como.

JAVIER DE RAMIREZ.

DEFECTOS DE NUESTRA AGRICULTURA.

Siendo España un país esencialmente agrícola, y leyendo *EL SIGLO ILUSTRADO* muchos labradores de provincia que por único patrimonio para su sustento tienen los productos que, mediante su trabajo, les proporciona el cultivo de una parte más ó ménos extensa de tierra, creemos no será del todo inoportuno dar de cuando en cuando algunos artículos sobre agricultura, escritos sin pretensiones, en lenguaje claro y sencillo, y tratando los diversos asuntos de suerte que, sin profundizar esta difícil ciencia, resulten útiles para el agricultor y amenos y entretenidos para la generalidad de los lectores.

Si hablásemos en este primer artículo de un punto determinado de agricultura, fijándonos, por ejemplo, en el mejor cultivo de tal ó cual planta importante, en los insectos dañosos á la agricultura, en el mejoramiento de las razas del ganado vacuno, lanar, etc., asuntos todos de interés que serán objeto de artículos sucesivos, suscrito por la misma firma ó por otras más competentes y entendidas, temeríamos mucho si nos tachara de intempestivos, con tanto más motivo, cuanto que abrigamos la persuasion de que los lectores de *EL SIGLO* tienen en cierto modo derecho á exigir les digamos antes algo sobre la agricultura española en general, ya que tanto hay que decir del atraso y abatimiento en que por desgracia se halla, y de las causas que, en nuestro sentir, más principalmente se oponen á su incremento y desarrollo.

Causa poderosa de este decaimiento es sin disputa el deplorable sistema de cultivo seguido por la generalidad de nuestros labradores. Este sistema es vicioso, porque no satisface las necesidades de sus habitantes, y ménos aun las de su industria; porque no saca partido de las ventajas de un clima como el de este país; porque no aprovecha las aguas multiplicando las regueras, rios y canales, y porque aquí se hace del cultivo de la tierra una faena exclusivamente mecánica, y se echa en olvido que la agricultura, como cualquiera otra ciencia, está basada en principios, y que para obtener pingües beneficios es necesario que la cabeza trabaje tanto como los brazos, y que no se hagan las cosas maquinalmente y sin darnos otra razon para obrar de este ó del otro modo que el haberlo aprendido así de nuestros antepasados.

El cultivo de la tierra, reducido á la produccion de cereales por medio de barbechos, es un buen sistema agrícola en los países donde no está la poblacion en relacion con la extension de tierra de que se puede disponer y son sumamente limitadas las necesidades de sus habitantes; pero este sistema, que en otros tiempos pudo ser adecuado á nuestro país, es hoy un contrasentido, cuando no una calamidad. En España estamos sufriendo continuamente sus deplorables consecuencias: muéstranse reacios nuestros labradores y propietarios á la adopcion de un buen sistema de rotacion ó alternativa de cosechas semejante á los establecidos en las naciones más cultas de Europa; persisten en el sistema de los barbechos seguido por nuestros mayores, dan una extension inmensa al cultivo de cereales, en detrimento de la ganaderia, y resulta de esto lo que estamos viendo con harta frecuencia: dos enfermedades periódicas é inevitables, la excesiva abundancia y la carestia.

Viene un año muy abundante, es decir, son buenas las cosechas de trigo, de cebada, de centeno, etc., y los labradores se quejan de que los granos se venden á tan bajo precio, que apenas sacan el dinero suficiente para sufragar los gastos. Son las cosechas malas, y los labradores tambien se lamentan con igual razon, de que es tan pequeña la cantidad de cereales recolectados, que no solo no basta para su alimentacion, sino que tienen que tomar fiado á su vecino ó comprar á otras provincias á un precio crecidísimo el grano necesario para la sementera inmediata.

Durante lo que va de siglo se han hecho en agricultura innegables y notabilísimos adelantos en Alemania, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Francia, Suiza é Italia; es decir, en todos los países cultos de Europa. Pues bien; recórranse estos países y se verá que en la mayor parte de ellos no queda ya un palmo de tierra de barbecho; que una gran parte de la de labor se ha cubierto de prados artificiales que producen excelentes forrajes, con los cuales se alimentan gran número de cabezas de ganado, base de la agricultura; que en otra no ménos grande se ha introducido el utilísimo cultivo industrial de la colza (planta poco conocida en España y que nos dará asunto para un artículo), el cáñamo, la remolacha y la patata; que se multiplican los plantíos de árboles de todas clases en los prados, en los lindes de los campos, en los paseos y en los caminos; en fin, que allí donde los cereales ó las viñas no dan resultado, se plantan las habichuelas ú otras plantas leguminosas que reporten una ventaja positiva: de este modo se ha conseguido, por el precio de arrendamiento y el valor intrínseco de la tierra, que son el mejor barómetro de la prosperidad de un país, haya subido en estas naciones y continúe subiendo en una proporcion lisonjera.

Es necesario que los labradores españoles comprendan sus intereses y se decidan de una vez á circunscribir el cultivo de los cereales á ménos de la mitad que hoy ocupan, sin disminuir por eso, antes aumentando las cosechas. Para esto basta sustituir á este cultivo el de los prados naturales y artificiales, explotando los rios que cruzan la Península, abriendo canales por todas partes y llevando las aguas á las vegas y do quiera que se necesiten, pues sin riego abundante no hay prados artificiales ni naturales. Se dirá que esto ocasionaria por el pronto grandes gastos, y que solo podrian realizarlo los llamados nobles y capitalistas; pero comprenderán sin dificultad nuestros lectores, que sobre ser inmediatos los beneficios y obtener pronto el dinero desembolsado, seria este un medio excelente de dar trabajo á muchos infelices que en el dia lo necesitan, y de ocupar de una manera útil, provechosa y humanitaria, á los prisioneros de cierta clase y gran número de hospicianos que yacen hacinados sin dedicarse á trabajo alguno de importancia.

Obtenida el agua de riego en abundancia y establecida la rotacion ó alternativa de cosechas, por medio de la cual se da á las tierras una fuerza de produccion permanente y se obtiene de ellas pingües y variadas cosechas, se disminuiria una gran parte de los gastos y enseres de labor, y se haria, á favor del gran número de ganados que en verano se ceban en los prados y en invierno con los abundantes productos sacados de ellas, enormes masas de estiércoles con que abonar aquellas tierras, de las cuales se obtendria cuando llegase el tiempo, una cosecha tres ó cuatro veces superior á la que ahora se recoge en los mejores años.

El sabio agrónomo Niviere indica en una de sus obras el método seguido en Alemania, y le recomienda á las demás naciones.

Allí, dice, no se deja la tierra de barbecho, ni se la da ninguna labor inútil. No se siembra cada año de cereales más que la tercera ó la cuarta parte del terreno de que se dispone, y las plantas leguminosas ocupan una décima parte á lo sumo. El resto se siembra para alimento seco de forrajes, copiosamente abonados, y de prados de verano, puestos unos y otros periódicamente de cereales, con lo cual se acrecenta por grados la fecundidad de las tierras. La cria y el mantenimiento de ganados por medio de forrajes artificiales es la base y el objeto principal de la granjeria; la produccion de cereales es, practicando bien la rotacion de cosechas, un ramo secundario.

Este es el sistema que con más ó ménos perfeccion se sigue en los países cultos de Europa, en donde por este medio, ó sea reemplazando con forrajes más de la mitad de los cereales que antes cultivaban, doblan y triplican sus cosechas, mientras que nuestros labra-

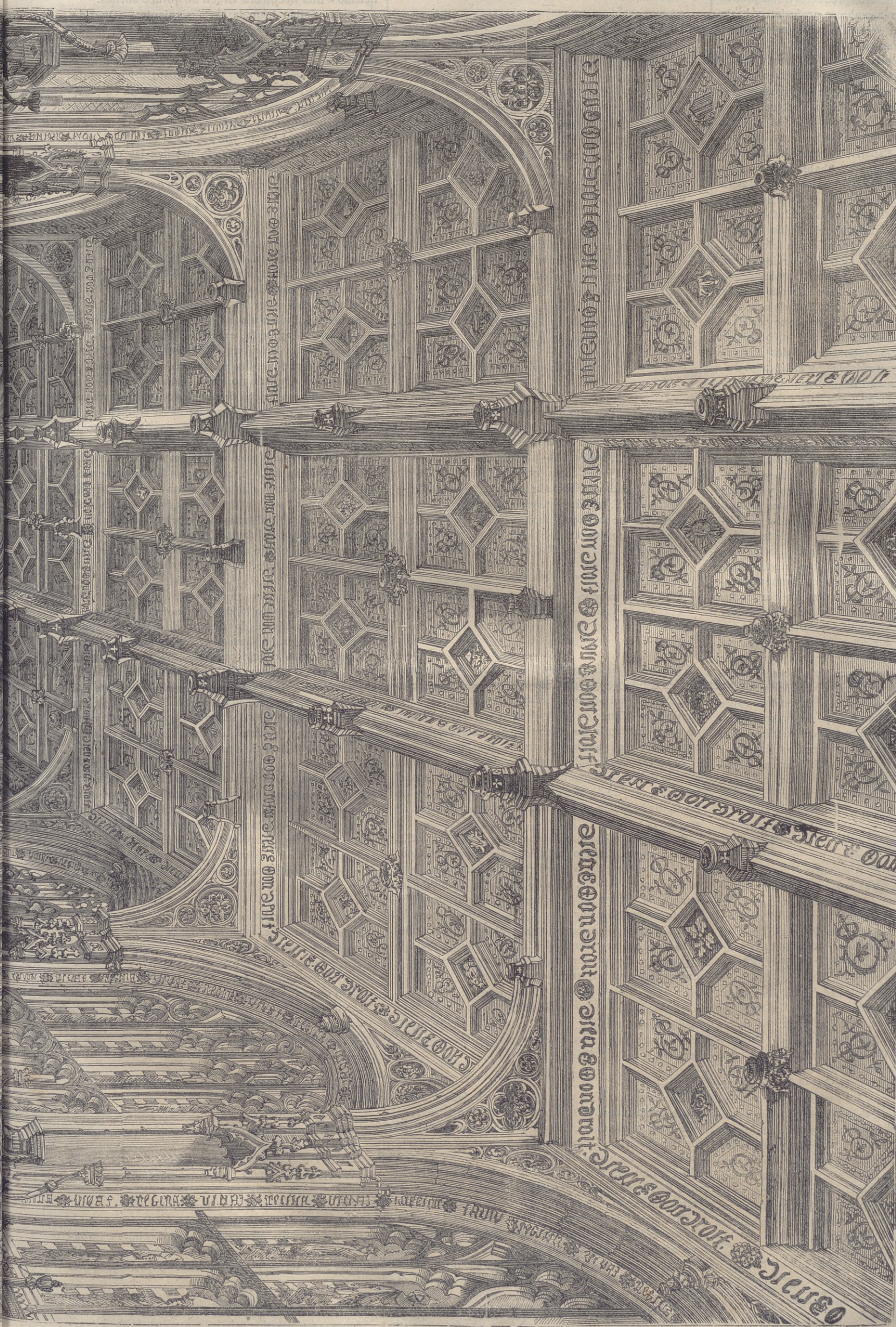


LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

A. LOMBARD.

W. LINTON.

CÁMARA DE LOS LORES.



dores, en vez de enriquecerse, supuesto que la esparceta y la alfalfa, preciosos productos de los prados artificiales, crecen con asombrosa profusion y hasta son vivaces en España, se arruinan lastimosamente, porque no aprecian las ventajas de la rotacion de cosecha y de las máquinas económicas generalizadas en otros países, porque como una consecuencia inmediata, en este país, fértil y productivo, están en general los artículos de primera necesidad más caros que en el resto de Europa.

El culto de cereales es, á la verdad, y tiene que ser por bastante tiempo en España, la base de la agricultura; pero no debe ser exclusivo, habiendo un gran número de cultivos industriales de suma utilidad para el país. Cultivo sin ganadería y ganadería sin cultivo; hé aquí los sistemas que sigue la generalidad de nuestros agricultores y que tan malos resultados les produce. La agricultura no prospera más que á fuerza de ganados, y estos no medran sino á favor de ciertas plantas, hijas de un esmerado cultivo. Estableciendo en España el sistema de rotacion de cosechas, seria en un principio más escasa la cantidad de cereales; pero compensaba esto con usura la baja que por efecto del cultivo alternante experimentaria el bienestar de las clases trabajadoras proporcionándoles alimentos más sustanciosos y agradables, y el labrador encontraría tambien una compensacion del bajo precio á que vendiese sus productos en la baratura con que compraria los ganados y demás útiles que para su uso necesitase.

No nos hagamos castillos en el aire suponiendo que la gran riqueza del país está en nuestros cereales. Recordemos lo que pasó á fines del año pasado con motivo de la escasez de la cosecha de cereales y de vino en Francia y en la Argelia, que durante estos últimos años ha sido su granero. *La Epoca*, ilustrado periódico que con tanto acierto é inteligencia suele tratar los intereses materiales que afectan al país, se forjó en vista de esta situacion doradas ilusiones creyendo que España sacaria gran partido, pues precisamente acababan de terminarse los ferro-carriles de Santander y de Andalucía que poseian puntos comerciales importantes y en los mares en comunicacion directa con zonas eminentemente agrícolas; y sin embargo, ya hemos visto lo que ha ganado nuestro país, ya sea por las trabas de la exportacion ó por otras circunstancias.

Grecia ha continuado surtiendo de cereales á Inglaterra; y Austria é Italia hacen en esta parte lo que pueden con la Francia. Nuestros cereales son excelentes y muy baratos en los puntos productores; pero por la dificultad del transporte, no vencida todavia por la explotacion de grandes y sólidas vias férreas ni siquiera entre nuestras provincias, resultan caros en los centros de consumo del extranjero, que para nosotros es generalmente Francia, á donde un comercio inteligente y ámpliamente organizado, hace cuando lo necesita, que afluyan por el gran puerto de Marsella los trigos del Egipto y de Odessa y por los ferro-carriles del Oeste los cereales de Alemania.

Ya lo hemos dicho en otras ocasiones: la agricultura española dista mucho de la perfeccion que es capaz de recibir y le falta bastante para ponerse al nivel de las demás naciones europeas; nosotros seguimos la rutina, la preocupacion antigua; ellos todo lo cambian, todo lo observan y en lo mejor se fijan. Es necesario desengañarse; el mundo presente es ya otro, y la física y la química han hecho adelantos maravillosos que, aplicados á la agricultura, dan los mejores resultados. La sociedad es tambien otra; ya no se puede vivir sin desear ninguna cosa bajo el campanario del pueblo que nos vió nacer, porque hay barcos de vapor, caminos de hierro, telégrafos eléctricos, y tenemos en breve tiempo las sedas de la India, las modas de Londres y París y las variadas telas de Manchester; todo lo deseamos, todo lo necesitamos, y siendo para nosotros la agricultura el principal instrumento de produccion para cubrir estas necesidades, claro está que debemos dedicarnos á que dé los mayores productos posibles, ó de otro modo la ruina será inevitable. El labrador español debe, pues, dejarse de rutinarias costumbres, introducir las mejoras que reclame nuestra agricultura y acreditar prácticamente que España es una nacion civilizada.

FAUSTINO HERNANDO.

ECLIPSES.

I.

Si de su novia Leonor
algun regalo recibe
lo vende Luis, porque vive
vendiendo pruebas de amor.
—Dáme ese anillo, amor mio,
la dijo anoche el impio:
y Leonor sin vacilar
se lo entregó. (El Monte-Pio
lo guarda.)

—Eclipse anular.

II.

La escena, en un gabinete
lujosamente amueblado:
una mujer en un lado
poniéndose... colorete.
En tal boceto ocupada,
con media cara pintada,
la sorprende un oficial,
y la encuentra colorada
y blanca.

—Eclipse parcial.

III.

Van en un mismo wagon
una mujer, su marido,
un jóven bien parecido
y... nadie más—atencion.—
El jóven dá sin querer
con los pies de la mujer...
y... un túnel ¡trance fatal!
me los vino á sorprender
¡con un eclipse total!

RICARDO SEPÚLVEDA.

LA PIEDRA DE TOQUE.

I.

Yo tengo un amigo que se llama Leon Peña y Peñé
—lo cual no interesa á nadie;—jóven soltero de treinta años—lo cual puede interesar á las doncellas;—rubio de pelo, blanco de tez y de alma tan sensible, que no sabe distinguir de condiciones ni de estado—lo cual puede ser interesante para los maridos.

Voy á referir al vuelo algunos accidentes de la vida de este delicioso amigo mio, en los que hallaremos, el lector un rato de distraccion ó aburrimiento, y yo un medio de hilvanar un artículo que tengo necesidad de escribir.

Pase por introduccion lo que antecede. ¿No lo es?... Nada importa. Cuando en la comedia social pasan por políticos, sabios, literatos y artistas los que no son esto ni aquello, ni lo otro, ni lo de más allá; cuando pasa por virtud la hipocresia del vicio, por honradez el lucro desordenado y por adorable coquetería la impudicia lividiosa de mujeres que se hubieran hecho célebres en el célebre templo de Corinto; cuando pasa lo indicado y otra porcion de cosas más que me recuerdan aquellos versos que dicen

*Y no cabe lo que callo
en todo lo que no digo,*

nadie puede extrañar que yo tenga el inocente capricho de hacer pasar por introduccion las líneas que anteceden.

II.

Hace algunos años vivia mi amigo en Madrid, á donde le habia mandado su padre para seguir una carrera, y él, por no olvidarlo, pasaba el tiempo en la Carrera de San Jerónimo formando corro con otros cuantos jóvenes aprovechados, unas veces en la puerta de Lardhy, y otras en la de Plantey, ó en el café de la Perla, ó la Iberia, porque la cuestion se reducía á no salir de tan concurrida calle.

Mi amigo llevaba una vida de príncipe. Todos admiraban en él una frialdad tan imperturbable y una gravedad tan inglesa, que jamás habian sorprendido una sonrisa en su boca, una mirada de asombro en sus ojos, ni un movimiento que desmintiese al hombre-piedra, á la estatua animada por un soplo de vida.

Mi amigo formaba un contraste tan extraño entre aquella turba de calaveras, como el que formaria un

viejo haciendo el amor con todas las reglas del romanticismo á una hechicera virgen de quince abriles.

Un dia recibió Leon la carta siguiente:—«Querido amigo: El inmenso capital de tu padre se ha perdido en un negocio que, desde la opulencia, os arroja en brazos de la miseria. Tu honrado padre, agobiado por el dolor y la vergüenza, se ha suicidado.—Tuyo, etc.»

Leon estaba rodeado de sus compañeros de Carrera; leyó la carta con calma; llamó á la pupilera; ajustaron cuentas; le indicó que dejaba la casa, y dirigiéndose á sus amigos, les dijo con voz segura:

—Veo que no son del todo inútiles las casas de huéspedes para dormir, en que se pagan cuatro cuartos por cada noche, y las tabernas en que se come por real y medio.

III.

Pasaron algunos meses, y los lujosos trajes de mi amigo se convirtieron en harapos. Envuelto en ellos paseaba por Madrid, sin importársele un ardite su apariencia de mendigo.

En una acera estrecha se halló una vez frente á frente de un alimbarado pollo: ambos se detuvieron.

—Llevais la izquierda, caballero; dijo mi amigo.

El elegante le dirigió una de esas miradas altivas é insultantes que engendra siempre la ruin vanidad.

Leon, cogiéndole de un brazo, le arrojó fuera de la acera: el pollo se acercó de nuevo con aire amenazador, y esta vez fué dando traspiés hasta la mitad de la calle, atolondrado por un bofetón mayúsculo que le aplicó su contendiente con la mayor sangre fria.

No hay causa sin efecto: del bofetón nació un desafío.

Leon acudió puntual á la cita: con la mayor serenidad del mundo tomó una pistola; con la mayor serenidad del mundo oyó la detonacion del disparo de su enemigo, que tiró el primero, y pegó á éste, con la mayor serenidad del mundo, un balazo en una pierna, con lo cual quedó concluida la funcion y vindicando el honor del pollo.

IV.

Por una rara casualidad encontró Leon una vez en su bolsillo un billete de doscientos reales. Entonces habia dado Madrid entero en la flor de que los billetes del Banco eran papeles mojados. Yo, consigno aquí que Madrid no tenia razon: á mi, en las casas de cambio, jamás me descontaron arriba de un veinte por ciento al reducir á moneda el papel idem.—¿Qué es un veinte por ciento? Más de lo que gana, gasta en jabon para limpiarse las manos, despues de contar el dinero, el que se dedica al honroso tráfico del «cambio de billetes.»

Leon jugó sus doscientos reales á la loteria, y cargó con el mayor de los premios. Un muchacho que consagraba un afecto fraternal á mi querido Peña, recibió tal alegron con la noticia, que á los pocos dias le llevaron á Leganés, donde continúa: Peña, más duro que otro, solo recibió el premio que le alzaba á su perdida reputacion de millonario.

V.

Estaba Leon una noche alrededor de una mesa del café de la Iberia, en compania de la pulera juventud de paseadores de la Carrera de San Jerónimo. Tenian la siguiente conversacion:

—¿Qué ponen en escena en el Príncipe?

—Un drama original.

—¿De quién?

—El cartel dice que de Pastorfido.

—Y en Jovellanos, ¿qué hay?

—Una zarzuela de Camprodon.

—¿Y en el Circo?

—Una comedia de Pina.

—¿Y en Variedades?

—Un arreglo del francés.

—¿Y en Novedades?

—Otro arreglito.

—Opino, dijo uno, que debemos ir á dar tres golpes á una pelota, y despues... despues veremos dónde se hace hora para cenar en Levante.

—Amen, respondieron los demás.

Peña y Peñé perdió la miserable cantidad de cuarenta y cinco mil duros en ménos de dos horas. Impasible hizo la primera puesta; impasible perdió la última, y salió impasible de la casa en que dejaba una fortuna.

VI.

Apenas puso el pié en la calle, oyó un grito desgarrador.

rador y cayó en tierra un hombre á su lado. Un instante despues aquel hombre era cadáver.

Peñe fué conducido al Saladero por los agentes de la autoridad y entre los insultos de la gente, que gritaba con indignacion, asegurando que le habian visto herir á un hombre inerte y tirar en seguida un puñal ensangrentado.

Ni una sola arruga nubló la frente del supuesto asesino.

Se dejó conducir, se dejó meter en un calabozo, y en él pasó unos cuantos meses, sin volver por su honra y por su vida, á pesar de comprender que tenia gravemente comprometidas la una y la otra.

Al fin, esclarecidos los hechos y puesta la verdad en su lugar, le echaron á la calle cuando todos esperaban que le condujesen al patíbulo; muchos se regocijaron de verle en libertad: él, fiel á su costumbre, si se alegró, guardó su alegría en el fondo de su alma, como habia guardado el dolor cuando le trataron como á un malvado.

VII.

Despues de esta y otras mil peripecias en que Leon demostró que el hombre se hace superior á todas las situaciones y domina al dolor y al placer como á miserables y cobardes esclavos, una calurosa noche de verano estábamos mi amigo y yo en el circo del Príncipe Alfonso.

Él, frio y grave como siempre, callaba y miraba; yo, que aquel día habia saboreado el placer de que me devolviese una comedia la empresa del teatro N***, maldecía con toda mi alma á esos empresarios salvajes que atropellan á los géneos en flor, en vez de tenderles una mano al verlos avanzar impávidos hácia la inmortalidad.

Y ahora que se me presenta ocasion de elogiar aquel engendro mio, con el cual hice más adelante un auto de fê, confieso que el mayor disparate de Comella vale mucho más que el abrasado manuscrito.

Acababa la Kennebel sus ejercicios de siempre, cuando sentí á nuestra espalda el crujir de una falda de seda; volví la cabeza y en el palco más próximo á nuestras butacas ví á una rubia bellísima que llegaba al circo en aquel momento. Era uno de esos tipos que tan admirablemente trasladaba Rubens á sus valiosos lienzos.

Yo exclamé, como exclamo siempre que veo á una jóven hermosa:—«Si esta es la mujer, ¿cómo son los ángeles?»

Leon tomó en cuenta mi exclamacion; fijó su mirada en la niña rubia, y ¡aquí fué Troya!... Sonreía, hablaba, volvía la cabeza, no paraba un momento.

Dejó la rubia el circo antes de concluirse la funcion, y nosotros salimos en pos de ella; subió á un coche, y nosotros nos metimos en el *simónides* que hallamos más cerca, encargando al auriga siguiese la misma direccion que el coche de la bella desconocida.

El carácter de mi amigo perdió el equilibrio de una vez para siempre. Suspiraba por una sonrisa de la rubia; estaba de planton dias enteros en frente de la casa de aquella mujer, achicharrándose en el verano, y convirtiéndose en palo en el invierno para verla, ó mejor dicho, para adivinarla detrás de las cortinillas del balcón; se daba á Barrabás cuando no la veía; decía que el mundo era un paraíso cuando hablaba con ella, etc., etc., etc.

Despues amó á una morena; despues á una que ni era rubia ni morena; y si hoy tuviese el capricho de averiguar el número de mujeres por las cuales ha estado loco de amor, seguramente no recordaria el nombre de la mitad, á pesar de tener una memoria asombrosa.

Cuando alguno le pregunta estupefacto cómo ha sufrido tal variacion, responde que la piedra de toque hace prodigios.

Cuando le quieren encomendar algo que parece imposible, contesta sencillamente:—«Yo no soy mujer.»

PEDRO MARÍA BARRERA.

LA DICHA DE UN DESDICHADO

POR

JULIO NOMBELA.

(Continuacion.)

CAPÍTULO IX.

Una conspiracion femenina.

Luciano necesitaba aprovechar el tiempo, porque el propósito que le habia guiado á Madrid era con-

quistar en breve plazo una reputacion y una fortuna, si no bastante para que el padre de Isabel le admitiese gustoso por yerno, al ménos para ofrecer á la jóven que por su amor estaba resuelta á sacrificar sus deberes filiales, una posicion desahogada, el bienestar, que es base de la felicidad del alma.

Pero ¿cómo elegir el camino más corto?

Luciano habia pensado muchas veces los medios de llegar á la realizacion de sus deseos, y habia trazado en su *Libro de Memorias* estas líneas:

«Si yo encontrase una de esas personas que hay en el mundo, bastante felices para no ser envidiosas, uno de esos seres que aman lo bello, que se complacen en hacer bien, y que debiendo á su fortuna y á su posicion gran influencia, están siempre dispuestos á emplearla en favor de los que luchan con la indiferencia para convertirla en admiracion; si con el poderoso auxilio de un protector desinteresado venciese los obstáculos que me amenazan y lograrse ver interpretada por artistas distinguidos, en un espléndido teatro y ante una concurrencia escogida, una ópera mia, realizaria mis sueños y acaso acaso mis esperanzas. Pero esto no sucederá. Lucharé, sufriré y al fin y al cabo caeré herido cuando vislumbre el triunfo, como el soldado que al clavar la bandera en la torre que ha tomado por asalto, cae herido de muerte en los brazos de la gloria.»

Desde el pueblo en donde habia pasado Luciano parte de su juventud, en donde dejaba el alma de su alma, veía las cosas mucho más fáciles, se sentia con valor para la lucha; pero á medida que se acercaba al palenque sus fuerzas decaian.

—Heme aquí ya, se dijo al hallarse en la habitación que le habia destinado doña Rosario, la Providencia me ha deparado una cantidad que me basta para vivir un mes; he hallado un hospedaje donde no me faltará nada, esa buena señora será para mí una madre, estoy aquí contento; pero ¿á quién conozco en Madrid? ¿quién se interesará por mí? ¿quién me prestará auxilio para llevar á cabo mis proyectos?

Lo que más le atormentaba era el temor de una derrota, que no significaba para él la pobreza sola, sino la mayor desgracia de su vida, porque tendria que renunciar al amor de Isabel.

Por otra parte tambien le mortificaba la idea de las persecuciones de que la jóven era objeto.

Su padre queria casarla á toda costa con un hombre de posicion, y aunque Luciano estaba seguro de que Isabel no faltaria á sus promesas, el recuerdo de sus padecimientos, el temor de condenarla á una infelicidad eterna, aumentaba su pesadumbre.

Poseida el alma del jóven de esta melancolía, sintió que se ahogaba, y maquinalmente se acercó al piano, le abrió y comenzó sin saber lo que hacia á modular.

Los sonidos expresaban sus sentimientos de tal manera, que dos señoras que paseaban por el jardin se pararon á escuchar aquella música sublime, y las dos sintieron que sus ojos se inundaban de lágrimas.

Poco despues cesó la música.

Luciano se puso á escribir; en el fondo de su alma habia encontrado la melodía que necesitaba para concluir la ópera que constituia toda su fortuna, todas sus esperanzas.

—¿Es él? preguntó á Elena la marquesa del Salado.

—Sí.

—Comprendo entonces el interés que te inspira.

—Aun no puedes comprenderle.

—Todavía no he visto su rostro, no he leído en sus ojos los sentimientos de su alma, no he oído su voz, y sin embargo, si le viese me parece que le reconoceria, porque ha hablado á mi alma con el lenguaje de la música.

—Si le hubieras tratado, si le conocieras á fondo, le amarias como yo.

—¿Dios me libre!

—¡Oh! Aurora... mi amor no tiene celos.

—No quiero insistir en pedirte explicaciones; pero te agradeceria mucho que me contases la historia de ese jóven, porque mi curiosidad se aumenta por instantes.

—Eso equivale á pedirme que te revele mi secreto, y aunque no todo, voy á decirte parte de él.

—Gracias á Dios... que eres humana con mi curiosidad. Ante todo, ¿su nombre?

—Luciano.

—¿Dónde le has conocido?

—Déjame hablar, y sabrás todo lo que puedo decirte por ahora. Venia á Madrid á buscar en tu compañía

consuelo á mi tristeza, cuando la casualidad me deparó en el cuarto que me destinaron en la fonda de Écija un *Libro de memorias*.

Era una especie de *Diario*, en el que un jóven anotaba sus impresiones y sus deseos. Comencé á leer aquellas páginas, y su lectura me reveló que la mano que habia trazado aquellas líneas obedecía á un corazón privilegiado.

—¿Y era ese jóven?

—Sí.

—Pero ¿hablaste con él?

—No, me hospedaron en el cuarto que él ocupaba; me enteré por el libro de su pobreza... Estaba detenido en la fonda, por carecer completamente de recursos para pagar su hospedaje, y ansiaba venir á Madrid para dar alas á su ambicion de gloria. Es un artista que dominará al público, porque el genio brilla en su frente. Enterada de su situacion, me propuse auxiliarme en su empresa, realizar todos sus deseos, y para no olvidar ninguno le arrebaté su *Libro de memorias*.

—¿Sabes que no parece una novela!

—Le dejé dos billetes de Banco, y sobornando al mozo de la fonda, lo dispuse todo para que creyera que su libro habia caído en manos de un inglés. Además encargué á Bautista, mi leal mayordomo, que no perdiera de vista al jóven, y que pusiese en juego todos sus recursos para hacerle mi huésped.

—¿De modo, que sin conocerle...?

—Créeme, Aurora, no le he visto hasta que he entrado en casa con Bautista; pero merece la proteccion que me propongo dispensarle.

—¿Es guapo?

—¡Oh! sí, su rostro es digna efigie de su alma, pero ya le verás, porque voy á pedirte un favor en su obsequio.

—Concedido desde luego.

—Mira que voy á cogerte la palabra.

—Tratándose de tí, no me duelen prendas.

—Pues en ese caso, vámonos á tu gabinete; te leeré un párrafo del *Libro de memorias* de mi protegido y estoy segura de que adivinarás mis deseos.

(Se continuará.)

Solucion á la Charada del núm. 7.º

CAZARABONELA (pueblo de la provincia de Málaga).

CHARADA.

En *prima* y *tercia* montado
va con *primera segunda*,
que abriga en su amante pecho
segunda y *prima* sin duda,
porque sabe que perdí
una *tercia* y *prima* suya.
Dios te libre de mi *todo*,
Esceptuándose mi pluma.

Continúan los nombres de los señores que han remitido la solucion á la Charada inserta en el número 5.º:

Un estudiante, de Santiago de Galicia.—Don Clemente Marin, de Morella.—Pedro March, de Barcelona.—L. de Gardon, de Tolosa.—La Chiquitina, de Sigüenza.—Gabriel Cencillo, de Barcelona.—Rodriguez y Lerena, de Palencia.—José Manuel Navarrete, de Villanueva de Rioja.—Alejandro Lacalle y García de Hazo.—Juan de Llano, de Madrid.—R. Vicente, de id.—El Rubio, de id.—José Miguel y Alegret, de Barcelona.—Juan García y Caballero, de Santiago.—Pedro Fernandez y Puig, de Zaragoza.—Un suscriptor, de Puig.—Agustín Gacien y Batran de idem.—José Maria de Rovira, de Reus.—Vicente A. Llopiz, de Ferrol.—A. Martinez, de Santander.—Doña Elisa Alvarez, de Madrid.—Don Antonio A y B., de Coruña.—Un fraile de Sevilla.—Francisco de M. y Z., de Madrid.—Doña Purificacion Leten y Guinovés, de id.

Han remitido la solucion á la Charada inserta en el número 7.º, los señores siguientes:

Un cesante, de Madrid.—D. Juan Durán y Pelayo, id.—Gustavo Oliver y Ambron, id.—Arturo Roma, id.—Agustín Cuajardo y Torres, Sevilla.

CORRESPONDENCIA

J. M. Seo de Urgel.—Servido por tres meses.
T. de P. G. Puerto de Santa María.—Id. por seis id.
C. D., Santa Coloma de Farnés.—Id. id.
P. C., Alicante.—Se grabara si es conveniente.
T. V., San Feliu de Guisols.—Servido por un mes.
M. R., Mondragon.—Id. por seis id.
J. B., Barcelona.—Id. id.
J. T., Avila.—Id. por tres id.
R. L., Avila.—Id. id.

Llamamiento de los condenados.

El grabado que con esta leyenda al pie tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es la reproducción de uno de los mejores cuadros de la escuela francesa contemporánea y se halla en el Museo de Luxemburgo.

Representa la sala, ó mejor dicho, el inmenso calabozo de la Conserjería, en donde estaban presos y confundidos hombres, mujeres y niños, en una palabra, todas las víctimas que la revolución francesa en la época del terror destinaba al sacrificio.

Allí se abría todos los días la puerta del fondo y un comisario del tribunal nombraba á las personas á quienes esperaba la guillotina.

Estas obedecían despidiéndose de sus parientes, de sus amigos, y las escenas que tenían lugar eran conmovedoras en extremo.

El cuadro y el grabado representan uno de estos horribles momentos.

El joven que aparece en el centro sentado es Andrés Chenier, el célebre poeta que aguardaba de un instante á otro oír su nombre para subir al patíbulo, inmoliéndose á la noble causa que siempre defendió.

JÚPITER Y LA ROSA.

FÁBULA

DEDICADA Á MUCHOS.

Alegres y felices,
en un jardín ameno
mil flores ostentaban sus matices;
allí con arrogancia
el tulipán de Francia
airoso levantaba su capullo;
la dalia bella, hermosa,
sus hojas extendía con orgullo,
y la sencilla, pálida azucena
se alzaba temerosa
á la brisa de amor y encanto llena.
Pero una triste rosa
lloraba con amargo desconsuelo,
porque su débil tallo
apenas levantábase del suelo.
A aquel sitio apartado
que la rosa habitaba,

ni el rocío preciado,
ni un tenue resplandor del sol llegaba;
mas tampoco los fieros huracanes,
que mil veces, su saña allí mostrando,
los tallos, con dolor, iban tronchando
de las dalias y bellos tulipanes,
mientras la rosa oculta
de dulce paz gozaba,
y libre de temores y de afanes,
sus hojas desplegaba.

Un día que la aurora en el oriente
perlas vertiendo, con feliz encanto,
la tierra iluminaba refulgente,
con mil tintas de rosa y amaranto;
sus bellos resplandores
lanzaba á las corolas de las flores
qué en el jardín ameno más se alzaban,
y al aire matinal se columpiaban,
mientras á la sencilla oculta rosa
los rayos de la aurora no llegaban.

Entonces, envidiosa,
alzó su voz, á Júpiter clamando,
y su suerte infelice lamentando;
y el dios le dijo al punto:

—«Prosigue en tu retiro;
»más dichosa serás, y sin dolores
»méce en sosegado, blando giro.»
—«Quiero brillar cual brillan esas flores,
—aquella replicó, mas insistiendo;—
»y aunque sufra del viento los furores,
»quiero brillar cual esas que estoy viendo.»
Júpiter dijo:—«Sea.»

Y la flor, orgullosa, abrió su cáliz,
y sus hojas pintó la luz febea.

Mas, iracundo, el viento,
poco después jugaba con sus hojas;
y ella con triste acento
doliente repetía mil congojas.

Y á la flor dijo entonces
Júpiter, que entre tanto lo veía:

—«Pues ya has gozado; sufre, como todas,
»del rocío vendaval la furia impía.»

Los que ansiosos correis tras de la gloria,
y eclipsados marchais por sus fulgores,
si creéis que en la gloria solo hay flores,
vuestra dulce esperanza es ilusoria,
pues cada triunfo cuesta mil dolores.

ERNESTO GARCÍA LADEVESE.

La Cámara de los Lores.

Sabida es ya la importancia que tiene en Inglaterra la apertura del Parlamento; por eso hoy ofrecemos á nuestros lectores un grabado que representa tan solemne ceremonia.

El salón en que se verifica no es notable por sus vastas dimensiones; tiene tan solo treinta metros de largo, catorce de ancho y los mismos aproximadamente de alto.

Su techo de encina, primorosamente tallada, forma un hermoso contraste con las ricas y variadas incrustaciones que cubren las paredes. En las cornisas se ve repetido millares de veces en caracteres góticos el antiguo lema: *Dios y mi derecho*.

La Cámara de los Lores, que es sin disputa una de las más bellas de Europa por el esquisito gusto que preside en todo su decorado, recibe la luz por doce ventanas, de las cuales seis están situadas al Levante, y las otras seis al Poniente; unas de otras se hallan separadas por cruceros de piedra que forman ocho compartimentos.

En las vidrieras se ven los retratos de una larga serie de los reyes y reinas que han ocupado el trono de Inglaterra desde Guillermo el Conquistador. Diez y ocho elegantes hornacinas están destinadas para los bustos de los que presentaron la carta magna á Juan sin Tierra.

Encima del trono hay tres grandes frescos, debidos: el del centro, al pincel de Dyce; los otros, al de Cope. El cuadro colocado á la izquierda representa el momento en que Eduardo III entrega al príncipe Negro las insignias de la Orden de la Jarretiere.

El del medio recuerda el bautismo de Ethelberto, rey de Kent, convertido al cristianismo por San Agustín. El fresco situado á la derecha es un famoso episodio de la historia de Inglaterra. El juez William Gascoigne acaba de condenar á uno de los compañeros de orgía de Enrique, príncipe de Gales, que furioso por semejante fallo, se atreve á insultar de la manera más dura al magistrado, quien por toda contestación manda que lo lleven preso, á pesar de su alta gerarquía.

Editor responsable, JULIO BARON.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.



LLAMAMIENTO DE LOS CONDENADOS.—Cuadro de Muller en el museo de Luxemburgo.